



Capítulo 135

Alon no sabía nada sobre el Dragón Dorado, Lainisius. De hecho, habría sido extraño que lo supiera. Los dragones eran una especie que había desaparecido durante la era olvidada de los dioses, ya relegada a la leyenda en Psychedelia.

Por lo tanto, solo se quedó mirando fijamente a la enorme criatura durante un momento antes de soltar un suspiro con calma.

«... He venido aquí por recomendación del duque Komalon».

[¿El duque Komalon?]

El enorme ojo reptiliano reflejó un momento de confusión antes de que se escapara un murmullo grave.

[Ah... oh, ya veo. ¿Ese hechicero novato de antes? Sí, lo recuerdo].

Asintiendo varias veces, Lainisius habló.

[Entonces, ¿está bien?]

...

Alon dudó, sin saber cómo responder a esa pregunta, pero parecía que el dragón ya había llegado a su propia conclusión.



[Hmm... parece que no logró cumplir su ambición y encontró su fin, dado que no vino aquí por sí mismo].

«¿Sabías lo que estaba planeando?».

[Como yo formaba parte de ese plan, sí. Era una idea descabellada, pero si el único objetivo era evitar que esas cosas volvieran a surgir, en realidad era bastante eficaz e inteligente].

«¿Tú formabas parte de él?».

Ante la pregunta de Alon, Lainisius bajó lentamente la cabeza hasta el suelo con un estruendoso golpe.

[Así es. Su plan era dejar viva solo a una pequeña parte de la humanidad y utilizar mi corazón de dragón para crear una barrera que permitiera a los pocos supervivientes prosperar de nuevo].

Usar un corazón de dragón...

Alon guardó silencio brevemente antes de volver a hablar.

«... Eso significa que el duque Komalon planeaba matarte, ¿no es así?».

[Se podría decir así].

«¿Y eso te parecía bien?»

¿Cómo podía estar tan tranquilo ante algo así?



—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió Lainisius con tono despreocupado, como si no fuera gran cosa.

[Desde el momento en que me sellaron aquí, estaba prácticamente muerto. En cierto modo, solo estoy vivo ahora gracias a mi corazón de dragón].

«¿Es por esas lanzas?».

Alon señaló las enormes lanzas clavadas en el torso del dragón, lanzas tan grandes que parecían propias de gigantes mitológicos.

Lainisius asintió.

Son las Lanzas de la Aniquilación, clavadas personalmente en mí por mi mejor amigo para salvarme la vida.

«¿Te traicionaron?».

[No, en absoluto. Aunque te pueda parecer extraño, fue exactamente lo que parece. Estas lanzas tenían como objetivo salvarme ocultándome].

«¿Una historia de la era olvidada de los dioses, entonces?».

[Sí].

«¿Puedo escucharlo?»



[Por supuesto].

Lainisius se quedó en silencio por un momento, aparentemente organizando sus pensamientos, antes de que su voz comenzara a relatar el pasado.

[No es una historia especialmente larga. Nosotros, junto con los hechiceros, fuimos a matarlos... y fracasamos].

[La mayoría de los dragones perecieron allí. Lo mismo ocurrió con los hechiceros. Aunque lograron obligar a esas criaturas a volver bajo las raíces, no pudieron destruirlas. Como resultado, la mayoría de los hechiceros fueron aniquilados].

Un éxito a medias conseguido a costa de innumerables sacrificios.

[Yo también debería haber muerto allí. Si no hubiera sido por mi amigo, que me clavó una lanza y me selló, lo habría hecho].

[La lanza que me clavó alteró las leyes del abismo, donde la magia de teletransporte no funcionaba, y me trajo a este lugar oscuro. En otras palabras, eligió sellarme como una forma de salvarme la vida].

Porque la magia del hechicero podía alterar las leyes, incluso en el abismo.

Lainisius, con una expresión ligeramente nostálgica, miró la lanza clavada en su torso. Luego, con una mirada resignada, murmuró:

[Bueno, gracias a eso sobreviví, pero lo perdí todo. Estas Lanzas de Aniquilación sellan todas las habilidades del objetivo].



«... Eso significa».

[Sí, significa que mis ojos, que una vez vieron a través del mundo, y mi lenguaje, que podía manipular las leyes con palabras, todo ello ha sido sellado de forma permanente. Incluso convocarte aquí solo fue posible utilizando un artefacto que creé antes de mi sellado].

Lainisius murmuró que lo único que le quedaba era su enorme cuerpo.

Por fin, Alon lo entendió.

Esa actitud tranquila.

La ausencia de ira por su propia muerte.

La indiferencia hacia todo.

¿Se había rendido?

Al principio, Alon pensó que Lainisius era simplemente tolerante, pero se equivocaba.

Alon miró su cuerpo.

Aunque sus ojos dorados seguían ahí, habían perdido su intenso color.

Del mismo modo, las escamas doradas que antes brillaban intensamente en la oscuridad ya no destacaban, sino que parecían sumergidas en la sombra.



Incluso la energía mágica, que debería haber sido perceptible, se sentía débil y tenue.

«¿No hay forma de romper el sello?»

[No la hay. A menos que mi difunto amigo regrese, destruir esta lanza sería imposible].

declaró Lainisius con firmeza.

Por un momento, se hizo el silencio entre ellos.

[Eres un alma bondadosa].

«¿Qué?».

[¿No sientes lástima por mí? Pero no hay necesidad. He aceptado esta situación. Ahora, vayamos al grano. Dime por qué has venido aquí].

La mirada de Lainisius se cruzó directamente con la de Alon.

El silencio fue breve.

Alon rápidamente hizo la primera pregunta que había preparado.

«El duque Komalon dijo que no pasará mucho tiempo antes de que «eso» vuelva a surgir. ¿Es cierto?».



[Es cierto. Como mencioné antes, solo estaba sellado].

Alon soltó un profundo suspiro.

Había sospechado que podría ser así desde su batalla con el duque Komalon, pero escuchar la confirmación lo dejó con una sensación de agobio.

Sin embargo, tenía otro hecho que verificar, así que continuó sin dudarlo.

«... Por lo que sé, para descender a este mundo, necesitan un recipiente para poseerlo».

[Eso también es correcto].

«¿El recipiente ya está predeterminado por el destino?»

Lainisius respondió con decisión.

[En absoluto. Los recipientes que poseen han sido creados por los apóstoles].

«¿Apóstoles?»

[Sí. A menudo destruyen mentalmente a personas con gran potencial, convirtiéndolas en receptáculos ideales para el descenso].

Alon frunció el ceño en silencio.



El concepto de apóstoles nunca había aparecido en el juego.

«... ¿Se mencionó en algún momento?».

Mientras intentaba buscar en sus vagos recuerdos, Alon volvió a suspirar en silencio.

Si bien era cierto, como decía Lainisius, que los cinco Grandes Pecados descenderían, al menos los niños que había criado no se convertirían en los cinco Grandes Pecados. Solo eso le daba a Alon una sensación de alivio.

Hace diez años, Alon solo tenía la intención de darles una ligera orientación, pero antes de darse cuenta, su vínculo con ellos se había vuelto más profundo de lo que él creía.

«... En cualquier caso, si los cinco Grandes Pecados realmente van a levantarse, mi curso de acción ahora está claro».

Mientras Alon pensaba en el artefacto situado al norte de la frontera, una pregunta repentina le vino a la mente. Se volvió hacia Lainisius una vez más, buscando claridad sobre algo que creía saber ya.

«Antes de conocerte, me encontré con un dragón en las ruinas».

[¿Un dragón?]

«Bueno, solo lo parecía. No puedo afirmar con certeza si realmente era un dragón, pero parecía desconocer cuándo surgirían esas cosas».



Recordando al dragón que había encontrado en las ruinas de la colonia, Alon esperó mientras Lainisius reflexionaba un momento antes de responder.

[No sé a quién conociste, pero tal vez es posible que ellos no lo supieran].

«¿Por qué?».

[Durante la batalla final entre los hechiceros y los dragones, la mayoría de los dioses fueron aniquilados o sellados tras ser despojados de sus poderes y nombres].

«... Entonces, si fueron destruidos o sellados al principio, ¿no lo sabrían?».

[Así es. Nadie lo sabría. Los hechiceros y dragones que conocían la verdad perecieron, ofreciendo sus vidas para sellarlos. Los únicos que quedan y lo saben con certeza somos yo y el duque Komalon].

«Ya veo».

Alon asintió con la cabeza, ordenando sus pensamientos.

«El duque Komalon mencionó que podrías ayudarme con la magia».

[¿Ayudarte? Mmm... Si fuera antes de que me sellaran, tal vez. Pero ahora, como mucho, puedo ofrecerte consejos].

«Entonces, ¿sabes algo sobre la «Unidad con las Sombras»?».

[¿Qué?]



En cuanto Alon lo mencionó, la actitud de Lainisius cambió drásticamente.

Alon se sorprendió brevemente por la reacción.

[¿Cómo sabes eso?]

«... ¿A qué te refieres?»

[Me refiero a la Unidad con las Sombras].

«¿Es importante?»

[Por supuesto que sí. Es el emblema de mi querido amigo Kailas].

«¿Qué?».

Un nombre demasiado familiar escapó de la boca del dragón, dejando a Alon estupefacto.

En ese momento...

[¿Miau?]

Desde el bolsillo del abrigo de Alon, donde había estado descansando tranquilamente, la pequeña criatura Blackie emitió un sonido extraño y saltó fuera.



[¿Un dragón joven? No... ¡¿Un dragón de las sombras?!]

exclamó Lainisius con asombro.

Poco después, Lainisius, que había oído todo sobre la habilidad de Alon para usar varios encantamientos y cómo había obtenido el huevo de dragón, finalmente habló tras mucho deliberar.

[...Entonces, al final, ¿quieres preguntar sobre el método para usar la Unidad con las Sombras?]

«Así es».

[Muy bien, te enseñaré].

«¿En serio?».

[Pero hay una condición].

«¿Una condición?»

[Sí, y no es algo desfavorable para ti. Si realmente puedes hacerte lo suficientemente fuerte como para lograrlo].

Lainisius sonrió ampliamente y dijo: [Obtendrás el derecho a ser llamado mi maestro].

Se lo entregó a Alon.



[¿Qué me dices, mago? ¿Aceptas mi oferta?]

Una nueva luz de esperanza brilló en sus ojos, antes sin vida.

Kiriana, aunque molesta por la ola monstruosa que había continuado durante varios meses, no sentía ninguna sensación particular de crisis.

Era algo natural.

Por muchos monstruos que surgieran, Kiriana era una de las Cinco Espadas de Caliban.

En otras palabras, era una maestra espadachina, y para alguien como ella, los monstruos no eran más que una molestia, independientemente de su número, ya que no representaban una amenaza real.

Al menos, ese había sido el caso hasta hacía unos instantes.

«¡Oye! ¡Bloquea esa zona, idiota!».

«¡La pared se está derrumbando!»

«¡Refuercen! ¡Refuercen, maldita sea! ¡Concéntrense en el juego!»



Kiriana frunció el ceño mientras miraba hacia las murallas de la fortaleza en la frontera.

A pesar de estar reforzadas con innumerables hechizos para evitar que ningún monstruo las atravesara, las murallas estaban ahora en ruinas.

Esto significaba que se había producido una situación imprevista.

¡Zas!

Cada vez que Kiriana blandía su espada, innumerables cabezas de monstruos volaban por los aires.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, el número de monstruos no disminuyó.

De hecho, a medida que pasaba el tiempo, parecían llegar más, como si hubieran estado esperando este momento.

«¿Por qué las paredes de repente...?»

No podía comprender la situación.

Era imposible que esas paredes reforzadas mágicamente se rompieran tan fácilmente.

Pero no había tiempo para pensar en ese misterio en medio del caos urgente.

«¡Aaagh!».



Kiriana rescató a un soldado que había caído indefenso y estaba a punto de ser degollado por un orco. Ella frunció el ceño y lo regañó.

«¡Recupérate!»

«¡Lo siento!».

El soldado recogió apresuradamente su arma con manos temblorosas.

Kiriana suspiró.

El ejército de monstruos en sí mismo seguía sin suponer una amenaza significativa para ella.

Dadas sus habilidades, más adecuadas para enfrentarse a oponentes individuales que a grandes grupos, podría matar a todos los monstruos que había allí, aunque eso la dejaría postrada en cama durante días.

Si fuera necesario, siempre podría optar por huir.

Ningún monstruo podría alcanzar a Kiriana si decidía escapar.

Sin embargo, lo que la hizo poner cara seria fue la difícil situación de los soldados.

Incluso ahora, era incapaz de evitar que los monstruos destruyeran a los soldados ante sus propios ojos.



Precisamente por eso había venido aquí, incluso después de retirarse de las Cinco Espadas.

Una vez había sido testigo de cómo su orden de caballeros, a la que ella misma había criado, era masacrada sin piedad por el Dios Exterior Ulthultus en el norte.

No quería volver a vivir jamás aquella horrible tragedia.

—Uf...

Al sentir unas náuseas repentinas que le subían por el estómago, Kiriana se tapó la boca instintivamente.

Los recuerdos del norte resurgieron, acelerando su respiración.

Aunque era capaz de superar la situación actual, el trauma arraigado profundamente en su mente desde la batalla del Norte seguía atormentándola.

En ese momento, una figura entró en su campo de visión.

«¡Marqués Palatio...!».

Verlo le produjo una sorprendente sensación de alivio.

Aunque no había observado en él ninguna destreza mágica extraordinaria, había oído muchos rumores sobre el marqués.



Y sabía que los rumores no surgían sin motivo.

«Si él puede reducir el número de monstruos incluso en un tercio, o incluso en un cuarto, podré retirar a los soldados y acabar con el resto yo mismo».

Mientras calmaba su respiración y se recompuso, la marquesa levantó una mano para formar un sello.

Luego, levantando la mano izquierda con solo el dedo índice y el pulgar extendidos, se la llevó a la nariz.

Y lo que apareció a continuación fue...

«... ¿Un gato?».

Era un gato.

Un gatito de pelaje negro azabache, a juego con el color de la capa del marqués, se posó de repente en su hombro, ladeando la cabeza y observando a los monstruos que se acercaban con sus ojos carmesí.

«¡Peligro...!»

Al ver a los monstruos cargar contra el marqués antes de que se hubiera lanzado ningún hechizo, Kiriana instintivamente intentó moverse, pero...

Su cuerpo se paralizó.

Jadeó.



En el momento en que el marqués murmuró algo en voz baja...

«Uno».

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Innumerables ojos carmesí aparecieron por todo el cuerpo del pequeño felino, provocando escalofríos a todos los que lo presenciaron.

Luego, con esos ojos rojo sangre cubriendo todo su cuerpo, el gato curvó los labios en una sonrisa escalofriante.

